

Forma urbana, identidad y cohesión social

(Urban form, identity and social cohesion)

Pol Urrutia, Enric

Univ. de Barcelona. Fac. de Psicología. Dpto. de Psicología Social y Ambiental.
Paseig Vall d'Hebron 171. 08035 Barcelona

La construcción social de la sostenibilidad debe tomar en consideración los factores que inciden en la adopción de los valores que la caracterizan. Las actitudes y los comportamientos sostenibles no se dan de manera abstracta ni desligada del territorio. La organización social y la forma urbana facilitan o dificultan conductas e interacciones sociales que refuerzan o destruyen identidades y con ellas la cohesión social imprescindible para la sostenibilidad.

Palabras Clave: Sostenibilidad. Psicología ambiental. Ciudad. Urbanismo. Gestión ambiental. Identidad. Cohesión social.

Iraunkortasunaren eratze sozialak kontuan hartu behar ditu gizartearen ezaugarri diren balioetan eragina duten faktoreak. Jarrera eta jokabide iraunkorrak ez dira era abstraktoan gertatzen, ez eta lurraldetik bereiz ere. Identitateak, eta horiekin batera ezinbesteko kohesio soziala, indartzen edo deusezten dituzten jokaera eta interakzio sozialak erraztu edo zaildu egiten dituzte gizarte antolakuntzak eta hiri formak.

Giltza-Hitzak: Iraunkortasuna. Ingurumen psikologia. Hiria. Hirigintza. Ingurumen kudeaketa. Identitatea. Kohesio soziala.

La construction sociale de la durabilité doit prendre en considération les facteurs qui incident sur l'adoption des valeurs qui la caractérisent. Les attitudes et les comportements durables ne se présentent pas de façon abstraite ni dissociée du territoire. L'organisation sociale et la forme urbaine facilitent ou rendent difficiles des conduites ou des interactions sociales qui renforcent ou détruisent des identités et avec elles la cohésion sociale indispensable pour le développement durable.

Mots Clés: Durabilité. Psychologie environnementale. Ville. Urbanisme. Gestion environnementale. Identité. Cohésion sociale.

SOSTENIBILIDAD: ¿MODA, OPORTUNISMO POLÍTICO O VALOR SOCIAL POSITIVO?

En la actualidad, los términos ‘Globalización’, ‘Sostenibilidad’ y ‘Desarrollo Sostenible’, parecen estar invadiendo casi todos los rincones de nuestra vida cotidiana, por lo menos en lo que a gestión pública se refiere, si más no de una forma nominal. ‘Sostenibilidad’ parece ser un término dúctil y aceptado, que convive (o incluso sucede) con cierto éxito a conceptos como ‘ambientalismo’ o ‘ecologismo’, que resultan más reactantes para importantes estratos de la sociedad. Para algunos se trata de una moda, por tanto, temporal y pasajera. Para otros se trata de mero oportunismo político, pero vacío de contenido real. En cualquier caso, la nada despreciable presencia cotidiana del término permite pensar que se está convirtiendo (o por lo menos, tiene potencialidades para convertirse) en un valor social positivo característico de los 90’s y de los inicios del S.XXI. Sin embargo, los datos alarmantes sobre ‘el estado del mundo’ aportados por los informes anuales del WWF, indican que la realidad marcha en un sentido opuesto al optimismo que se quiere asociar al desarrollo sostenible. Para unos, lo que se llama ‘globalización’ es la solución; para otros es la responsable de la aceleración del consumo de reservas y recursos no renovables.

Si atendemos a los famosos (aunque no siempre bien conocidos) documentos que lo definen (Informe Brudtland, 1987; documentos de Río’92, como la Agenda 21; o en la Unión Europea el Vº y el VI Programa (1992, 2003) la sostenibilidad es el valor referencial que debe guiar el desarrollo mundial futuro, pero también el presente. Si analizamos los contenidos a los que se supone remite el término sostenibilidad, podemos concluir que hay que desarrollar y operacionalizar sus dimensiones humanas y sociales, como ya hemos tratado de hacer en trabajos anteriores (Pol, 1998a,b, 2002a,b).

El debate de la ‘sostenibilidad’ tiene notables trabajos antecedentes sobre el carácter finito de los recursos y las posibilidades de desarrollo económico (Ricardo, 1821), el excesivo crecimiento de la población (Malthus, 1798) o las malas condiciones de habitabilidad de las ciudades (Engels, 1845). Sin embargo, el concepto actual y su contenido semántico es el resultado de la sensibilidad de un grupo de científicos e intelectuales que a principios de la década del 70 inician sus trabajos denunciando la insostenibilidad del desarrollo planetario, caso de seguir el modelo marcado por los países denominados ‘desarrollados’. Bien conocidos son el Informe del Club de Roma sobre *los límites del crecimiento*, que destacaba la imposibilidad de un crecimiento indefinido en un mundo finito como el planeta tierra (Meadows, 1972) o la Conferencia de Estocolmo (1972) que destacó los problemas de la pobreza y el crecimiento de la población, integrando los retos ambientales y los sociales centrando su atención en los países en vías de desarrollo. En 1980 el Informe Brandt pro-

ponía la transferencia masiva de recursos a los países del Tercer Mundo para acelerar su incorporación al mundo ‘desarrollado’.

Será la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y Desarrollo, a través del documento *Nuestro futuro común* (conocido como Informe Brudtland, 1987), quien acuñará de forma ‘oficial’ del término de Desarrollo Sostenible como aquel que satisface las necesidades de las generaciones actuales sin comprometer la capacidad y los recursos de las futuras generaciones para satisfacer las suyas. El informe plantea la imposibilidad de tratar de manera separada medio ambiente, población y economía. Sin embargo su planteamiento aparece teñido de soluciones eminentemente tecnocráticas. Por su lado, el informe *Cuidar la Tierra* concreta una dimensión relativa al marco de vida cotidiano al acotar el desarrollo sostenible como “mejorar la calidad de vida humana sin rebasar la capacidad de carga de los ecosistemas que lo sustentan” (IUNC, PNUMA, WWF, 1991/1992: 196). Ello, cuando estábamos (y seguimos estando) asistiendo a una masiva concentración de población en macro-urbes, especialmente en los países menos desarrollados, con unas condiciones de habitabilidad y supervivencia extremadamente precarias.

Por otro lado, si analizamos las políticas concretas que se han asociado al desarrollo de la sostenibilidad, podremos observar como generalmente se trata de solucionar el problema con dos estrategias ‘complementarias’: por un lado, con ‘educación ambiental’ (desnaturalizada y equiparada a ‘dar información’); y por otro lado responsabilizando (en muchos casos se puede afirmar que sobre-responsabilizando) al ciudadano y su comportamiento individual. Se obvian buena parte de aspectos estructurales y de organización de la sociedad que frenan y dificultan un comportamiento individual y social sostenible. Es precisamente en este punto de intersección entre lo estructural, lo organizacional y lo comportamental donde quiero focalizar la atención de esta reflexión; y es en la ciudad, como marco que acoge más de la mitad de la población mundial, donde se dan unos procesos urbanísticos, unas dinámicas sociales y económicas, que facilitan o dificultan unos comportamientos ‘deseables/no deseables’ desde una perspectiva de sostenibilidad. Marco, procesos y resultados, aparecen como tremendamente complejos en sus interacciones. Resulta difícil establecer entre ellos relaciones de causalidad claras que no sean reduccionistas y, por tanto, inadecuadas para elaborar estrategias eficientes. En este nuevo escenario de la globalización y la sostenibilidad, las ciencias sociales y del comportamiento deben esforzarse en hacer su contribución.

Pero no hay que olvidar que el desencadenante inicial de todo ello es la toma de conciencia de la desigualdad y la injusticia en el mundo, a la vez que de la imposibilidad de extender el modelo de desarrollo occidental a todo el mundo por el consumo de recursos no renovables que supone y por superar la ‘capacidad de carga’ del planeta

¿Globalización o globalizaciones?

Es frecuente que se asocie sostenibilidad con 'Global Change', y por extensión a 'globalización' como fenómeno genérico e unitario, incluso en revisiones críticas (por ejemplo Bauman, 1998). Para mí esto es incorrecto, ya que la globalización es plural y diversa, y responde a dinámicas e intereses diferentes e incluso contradictorios (Pol, 2000).

Cuando ya hace años se empezó a hablar de **Global (Environmental) Change** fue con la intención de remarcar que los impactos ambientales de actividades locales, tienen efectos en la globalidad del planeta (Jacobson y Price, 1990; Kruse, 1994; Malone y Roeder, 1985; Stern, Young y Durkman, 1992). Cuando se habla de **globalización económica**, se describe un fenómeno de libre circulación de capitales y de unificación de mercados, que requiere una profunda reorganización de la sociedad (Omahe, 1990), con una fuerte discusión ideológica sobre las virtudes y los problemas de este sistema, sobre si redistribuirá la riqueza o si incrementará más las diferencias entre privilegiados y marginados, entre ricos y pobres (Cobb, 1995; Fussler y James, 1996; Martínez-Alier, 1992). Si nos centramos en las dinámicas demográficas y las migraciones, podemos hablar de una **globalización poblacional**. La distribución geográfica de población en el planeta, la accesibilidad a recursos que permitan la supervivencia, las diferentes tasas de natalidad, etc. provocan 'excedentes' de población en unos lugares y 'falta' de población en otros (Bierbawer and Pedersen, 1996), que es sistemáticamente frenada, controlada o impedida (Massey and Jess, 1995). La **globalización informacional** (la sociedad red, que dice Castells, 1997) reduce distancias, facilita las comunicaciones, abre nuevas posibilidades creativas e interactivas, etc., a la vez que genera nuevas exclusiones sociales (para implicaciones en la sostenibilidad, ver Ahmed y Hardaker, 1999).

Se podrían describir otros ámbitos con tendencias globalizadoras propias y diferentes a las anteriores, pero no es preciso. Nuestro interés aquí es destacar la pluralidad de dinámicas y la contradicción de intereses que no permiten hablar de la globalización como un fenómeno único. Cada globalización dibuja un escenario diferente, con efectos y connotaciones en la conducta y las vivencias de las personas, que la psicología ambiental debe contribuir a explicar y a mejorar.

Ahora bien, también es verdad que se dan unos efectos comunes como resultado de las diferentes globalizaciones: un creciente proceso de uniformización de la sociedad que consume los mismos productos, generaliza los mismos hábitos de comportamiento y estilos de vida, comparte cada vez más estéticas similares, se ve forzada a emplear un mismo código (no llega a lengua) para comunicarse, etc.. Si bien Castells (1997) considera que la intersección entre lo global y lo local

es suficiente para diversificar sus presuntos efectos uniformizadores, otra literatura muestra que la adopción de patrones de comportamiento 'universalizados' comporta una propensión exagerada a la sobreexplotación o a un uso inadecuado de los recursos de los ecosistemas locales, y por tanto un incremento de impactos ambientales (Gardner y Stern, 1996; Olstron, 1990), posiblemente de trascendencia global, además de un empobrecimiento y una pérdida de control local (Martínez-Alier, 1992).

Sin entrar ahora a valorar cada una de las globalizaciones por separado, desde una perspectiva psicosocial, todo lo que suponga uniformización de valores, hábitos, comportamientos, etc., es decir, pérdida de diversidad cultural, acaba comportando fuertes impactos sociales, necesidades de adaptación a nuevas situaciones que pueden ser traumáticas para algunas personas, además de volver a amplificar los efectos de depredación del medio, en una relación circular inacabable.

Una política y una gestión orientada al desarrollo sostenible requiere, pues, de una visión y una perspectiva de globalidad de las cuestiones sociales, económicas, informacionales y ambientales, pero adaptada a las posibilidades y las características locales, tanto ecológicas como de vertebración social de la comunidad.

DIMENSIONES PSICOSOCIALES A CONSIDERAR EN LA CONSTRUCCIÓN TEÓRICA DE LA SOSTENIBILIDAD

El desarrollo sostenible, según lo define el informe Brudtland (1987) aparece como un concepto global que pretende integrar políticas y la gestión ambiental y el desarrollo económico y social. El concepto no se refiere a una situación de equilibrio estable, sino de equilibrio inestable, a un proceso evolutivo de cambio continuo, pero que conserva los sistemas ecológicos sustentadores de vida y de biodiversidad; que garantiza la sostenibilidad de los usos de recursos renovables y reduce a un mínimo el agotamiento de los recursos no renovables, y se mantiene dentro de la capacidad de carga de los ecosistemas sustentadores. Todo ello comporta una fuerte carga de cambio de comportamiento individual y social, y por tanto requiere el conocimiento de los procesos sociales y psicosociales implicados.

La emergencia del concepto de sostenibilidad como valor social positivo, por sus componentes de solidaridad intra e intergeneracional, pone en cuestión los estándares asociados a los niveles de bienestar y requiere replantear la progresividad del concepto de calidad de vida, en la acepción que la asimila al modelo de desarrollo occidental (Pol, 1998a) por la imposibilidad de su generalización o globalización sin sobrepasar los límites de explotación de recursos no renovables disponibles. Todo ello sitúa la sostenibilidad en la órbita del cambio de comportamientos humanos y sociales, del cam-

bio de valores actitudes y comportamientos, pero también de la incidencia del entorno como oportunidad, es decir facilitador o dificultador de los comportamientos deseables.

El concepto de sostenibilidad como punto de encuentro

Las definiciones de Desarrollo Sostenible han sido fuertemente criticadas por inconcretas, no operativas y tecnocráticas (Olson, 1995; Cobb, 1995; Allende Landa, 1995; Martínez Alier, 1992). Sin embargo el concepto tiene algunas ventajas en relación a formulaciones previas. Antes de hablar de 'Desarrollo Sostenible', hablábamos de Ambientalismo, de Ecologismo, de Equilibrio Ecológico, de Conducta Ecológica Responsable, etc. (lo cual no significa que no se pueda o deba hablar de ello). Estos conceptos precedentes estaban formulados desde los planteamientos hechos más en clave ecologista que en clave de 'Sostenibilidad'. Levantan reticencias en algunos sectores de poder de la sociedad, que no pueden asumir algunos de los principios del 'ecologismo militante'. Por tanto, encontrar una definición que sea aceptable por una mayoría es un paso, aunque sea una definición inconcreta (Pol, 1998a).

El concepto de 'desarrollo sostenible' puede ser aceptable por los segmentos de la sociedad tradicionalmente más reticentes a las cuestiones ambientales, sobre todo en sectores industriales y en sectores de los órganos de gobierno y de las administraciones públicas, en la medida en que no se cuestiona el desarrollo, sino el *tipo* de desarrollo. Hay que tener en cuenta, además, que hasta cierto punto se trata de colectivos que, quizás forzados por las circunstancias, tienen algún grado de conciencia ambiental y social, o pueden aceptar que se debe moderar o matizar el modelo de desarrollo vigente, aunque no acepten de entrada grandes cambios radicales (este es, por ejemplo, el caso del World Business Council for Sustainable Development, vease Fussler y James, 1996).

Para los colectivos de más marcado tono ecologista, el énfasis se pone más en 'sostenible' que en 'desarrollo'. Por otro lado, para este segundo colectivo, el concepto de sostenibilidad puede significar una forma de profundizar en las dimensiones sociales y humanas del concepto de ecología, a la vez que comporta la aceptación que puede existir algún modelo de crecimiento que no comprometa el medio ambiente con la intensidad y los efectos devastadores del modelo vigente hasta ahora.

Obviamente, si confrontamos directamente los dos modelos, aparecen posturas irreconciliables. Sin embargo, el concepto de desarrollo sostenible puede significar un *punto de encuentro* –enfaticamos 'de encuentro' y no necesariamente de 'acuerdo'– que permita unos mínimos comunes para avanzar en una 'mejor' dirección.

Por tanto se puede considerar (Sureda, 1992) que el principal defecto de la definición de desarrollo sostenible (su inconcreción o heteriedad), se convierte en una potencial virtud, en cuanto es lo que ha permitido aglutinar alrededor del concepto a grupos y sectores de intereses contrapuestos, facilitando la incorporación de la sostenibilidad como un valor social positivo en la sociedad. Una definición concisa no lo habría permitido.

Sostenibilidad como nuevo valor social positivo

Como afirmaba al inicio, la sostenibilidad se está convirtiendo –o se ha convertido ya– en un valor social positivo. Profundiza lo que en su momento Dunlap y Van Liere (1978, reformulado en 2000) plantearon como New Environmental Paradigm (NEP, basado en un 'ecocentrismo', aunque no exento de ciertos niveles de antropocentrismo) frente al Paradigma Social Dominante (DSP, antropocentrismo radical, con énfasis en la excepcionalidad –superioridad– humana). El paso a un NEP se ha valorado en diferentes contextos y países con distintos resultados, que contribuyen a un cierto conocimiento del 'estado de la cuestión', pero que muestran un crecimiento de la presencia de los valores definidos en el NEP (por convencimiento o por 'deseabilidad' social).

Gardner y Stern (1996) trataron de mostrar la importancia de los valores y las creencias en la conducta proambiental. Afirman que los valores pueden afectar las acciones proambientales de una forma directa o de una forma indirecta, a través de las creencias sobre sus consecuencias. Ello sitúa al debate ideológico en un nivel relevante, en cuanto ayuda a conformar una escala de valores ampliamente compartida. De ahí la importancia de la sostenibilidad como nuevo valor social. Pero como concluyen estos autores, el cambio de valores, creencias y visión del mundo no es suficiente en sí para extender la revolución de la sostenibilidad. Precisa de acciones de sensibilización y de poner los recursos para crear las oportunidades de conducta en el ciudadano y desarrollar hábitos y habilidades, a la vez que es sobre los valores sociales compartidos (las representaciones sociales, en el sentido de Moscovici (1984) que se pueden anclar programas de cambio de comportamientos eficientes (Iñiguez, 1994, 1996). Desarrollar investigación básica, aplicada y aplicable, desde estos supuestos, es una de las contribuciones fundamentales para en un desarrollo teórico que permita avanzar más eficientemente hacia la sostenibilidad.

Sostenibilidad y solidaridad: reconceptualizar la calidad de vida

En todos los documentos de definición y referencia, el concepto de sostenibilidad tiene un claro componente de equidad y de solidaridad en su definición. El desarrollo sostenible implica *solidaridad intrageneracional*, cuando pretende satisfacer

las necesidades de la generación actual; implica *solidaridad intergeneracional*, cuando se compromete a mantener los recursos de las generaciones futuras. Por otro lado, según la definición de otro conocido documento, el informe *Caring for the Earth. A strategy for Sustainable Living* (UINC, PNUMA, WWF, 1991) el desarrollo sostenible tiene por objetivo mejorar la *calidad de vida* humana sin sobrepasar la capacidad de carga de los ecosistemas que lo sustentan. El compromiso de solidaridad, a la vez que el de mejorar la calidad de vida, pone en cuestión los estándares asociados a los niveles de bienestar alcanzados en occidente. Requiere replantear la noción más vulgarizada y extendida de calidad de vida que la asimila a capacidad de acumulación. Si bien la Calidad de Vida ha sido motor de progreso, en occidente empieza a ser común asimilar la defensa de la calidad de vida con la defensa de la situación de privilegio alcanzado. Desarrollo sostenible, en la acepción de Rio'92 y en la acepción de la UICN, PNUMA y WWF (1991) no implica tanto elevar el nivel de vida (en un sentido economicista) como alcanzar un nivel de equilibrio personal, social, ecológico y tecnológico que garantice niveles suficientes de bienestar, a la vez que asegure las posibilidades de futuro del planeta y del ser humano (planteamiento congruente con el concepto de calidad de vida presentado por Levi y Anderson (1975) en la Conferencia de Estocolmo. Por otro lado, las más recientes investigaciones del emergente campo del estudio de la felicidad, muestran que a partir de unos mínimos recursos que permitan la supervivencia, el factor primordial de la felicidad son las redes de relaciones sociales. En otros términos, el equilibrio personal depende en una buena parte del equilibrio social, más que de la capacidad de acumulación de riquezas. Pero las redes sociales son frágiles, y en nuestra sociedad hay más fuerzas que tienden a romperlas que a sustentarlas.

Por tanto, el desarrollo sostenible debe encontrar un equilibrio que permita el bienestar y la calidad de vida de toda la población actual, que no hipoteque el futuro para las generaciones venideras; que no rompa innecesariamente equilibrios sociales (por desconocimiento o por inconsciencia). Trabajar para un desarrollo sostenible comporta una política ambiental eficaz, pero comienza por el desarrollo sostenible a nivel social.

Sostenibilidad y vertebración social

La literatura clásica centrada en el cambio de comportamiento individual, confiere importancia a procesos de influencia social como un factores de adopción de conductas sostenibles (Cialdini, 1993; Constanzo et al. 1987; McKenzie-Mohr et al. 1995). Los grupos de referencia, la estructura relacional de estos grupos, y los valores compartidos como categorías salientes y prototípicas, que dan identidad al grupo y a sus componentes (en el sentido de Tajfel y Turner 1986) juegan un papel activo en la adopción de comportamientos sostenibles. Por otro lado, es frecuente que se ponga en duda

la posibilidad de sostenibilidad en los países no desarrollados, cuando priman las necesidades de supervivencia. Sin embargo, como muestran Gardner y Stern (1996) la preocupación ambiental y las oportunidades para la sostenibilidad no dependen solo del nivel de desarrollo económico. Para estos autores, el incremento de la preocupación ambiental en países en desarrollo muestra que no es necesario tener cubiertas lo que en los países desarrollados se consideran necesidades básicas. Una muestra son algunos trabajos con poblaciones nativas en el Amazonas.

Para otros autores, la preocupación ambiental depende más de la calidad de las relaciones sociales en la comunidad que del nivel de riqueza. Algunas investigaciones recientes (CIS, 2002) muestran que la sostenibilidad es más viable cuando existe un tejido social consolidado (Pol, 1998b) y una identidad social de lugar bien establecida (en el sentido de Proshansk y otros, 1983 y Valera, 1993, 1997), que cuando dominan estrategias individuales de supervivencia (utilizando la expresión de Castells, 1987, 1996). Por tanto, las iniciativas que quieran avanzar hacia la sostenibilidad deberán empezar (o por lo menos no descuidar) por poner las condiciones para reforzar los mecanismos de cohesión de la comunidad y de identificación con su entorno (CIS, 2002).

Pero en nuestra sociedad existen más fuerzas disgregadoras que cohesionadoras. Entre ellas, en lo que a gestión ambiental y sostenibilidad se refiere, podemos destacar dos (Pol, 1998b): a) la planificación urbana, puede afectar de forma negativa cuando no respeta la existencia de un tejido social consolidado y rompe redes de soporte social informal (Freudenburg, 1978), que en el mejor de los casos habrá que reinventar o sustituir por servicios sociales (Palmolari et al. 1980; Zani, 1992); b) los efectos uniformizadores de los procesos de globalización, en cuanto a cultura, consumo y estandarización de estilos de vida de forma no adecuada a las características de un ecosistema y su capacidad de carga, con la consiguiente afectación de la biodiversidad, uno de los requisitos de la sostenibilidad, realizados en Rio'92.

Una revolución Sandwich

Según un estudio de Inglehart (1992), en 1990, el 47% de la población de 12 países europeos manifestaba voluntad de voto a partidos ecologistas, cosa que dista mucho de la realidad política europea de los noventa y de los 2000. Una posible explicación puede estar en que la mayoría de partidos políticos europeos han adoptado planteamientos ambientalistas, por lo menos nominalmente. Y ello por dos razones: la potencial presión social y la presión institucional, a través de la legislación ambiental, cada vez más estricta y restrictiva.

La presión social puede venir dada tanto por mecanismos de 'influencia minoritaria' (Moscovici, 1994) de los grupos ecologistas, como por el efec-

to sobre la opinión pública de las informaciones sobre la problemática ambiental, sean los informes 'técnicos' más o menos apocalípticos (mencionados anteriormente) o el efecto positivo sobre la opinión pública de la información ambiental (efecto claro en la Cumbre de Río, bastante dudoso, si no negativo, en el caso de Johannesburgo 2002).

Por otro lado, la presión institucional, a través de la promulgación de leyes que regulan las acciones y la gestión en relación al medio ambiente, nos sitúa frente lo que podríamos llamar una *revolución desde arriba* (Meadows et al. 1992, hablaban de una revolución de la sostenibilidad). El cumplimiento con las exigencias de la legislación se ha convertido, por lo menos nominalmente, en un agente de cambio social y de promulgación de valores ambientales. Pero además de la presión institucional (por arriba), la población se encuentra sometida también a una presión orientada al cambio de valores y comportamientos ambientales por parte de los grupos conservacionistas ambientales (presión por abajo), coincidente en buena parte (pero no totalmente) con la presión institucional. Ésta es una situación inédita en la historia. Sin embargo, el ciudadano, en medio del *sandwich* trata de sobrevivir o llegar a fin de mes, sin prestar (¿sin poder prestar?) demasiada atención a las consignas de la 'gestión' y de la 'educación' ambiental que quieren incidir sobre su comportamiento.

Educación Ambiental Vs Gestión Ambiental

La relación entre educación y gestión ambiental se ha planteado como paradójica y dilemática. El dilema está en hacer más énfasis en lo que globalmente sería la educación ambiental (información, la concienciación y la sensibilización) o en la gestión ambiental (regular las prácticas, poner los recursos para alcanzar los objetivos deseables y controlar el cumplimiento de las normas). En el trasfondo hay un problema de atribución de causa y de responsabilidad: los responsables son las personas, los ciudadanos como individuos o lo es la sociedad como estructura facilitadora/dificultadora de comportamientos.

Educación se centra en la persona y en su comportamiento. Pretende dotarla del nivel de información y conocimientos que le permitan ser y actuar responsablemente. Pero el ser humano no es siempre coherente y congruente con la información que tiene, ni con las actitudes que ha desarrollado. Necesita condiciones, recursos y consenso de su grupo o grupos de referencia.

Gestión se centra más en los recursos. Requiere escoger entre alternativas (que no son sólo tecnológicas) y crear las condiciones para que pase lo que se pretende que pase. Debe controlar y velar para el cumplimiento de la ley o las normas que están establecidas y regulan los comportamientos de las personas, las sociedades, las empresas, las formas de producción y sus efectos. Pero también debe contar con las personas y su comportamiento.

Buena parte de las políticas y las Directivas europeas tienden a descansar más en mecanismos incentivos que en el control de los efectos de la producción y servicios. El ciudadano, como consumidor, debe premiar o castigar los productores. Ello convierte al ciudadano/consumidor en árbitro final de la situación. Obviamente, esto da un papel central y activo al ciudadano. Pero tiene un efecto perverso: lo sobrerresponsabiliza.

El sistema funciona si el ciudadano 'participa' en la dirección pretendida (consume productos ecológicos y de comercio justo, se deshace selectivamente de sus residuos etc.). Si es así, mejoraremos ambientalmente. Si no, lo deberemos 'educar' para la sostenibilidad. Pero por más programas de educación ambiental que desarrollemos, el ciudadano seguirá estando sometido a fuerzas y presiones mucho más potentes que la 'educación', tanto de tipo estructural como de tipo publicitario, que lo instan a comportarse en una dirección contraria a la pretendida con la educación ambiental o para la sostenibilidad.

La gestión, especialmente la de la administración pública, debe asumir su papel de controlar los efectos de la actividad productiva y poner los recursos y condiciones que faciliten que el ciudadano pueda desarrollar conductas responsables, teniendo en cuenta y conociendo los procesos y mecanismos implicados en el comportamiento humano y social. Pero frecuentemente es más barato desarrollar un programa de educación ambiental que una gestión que controle segmentos sociales poderosos.

De hecho, se puede afirmar que el antagonismo es falso ya que la cuota de responsabilidades es compartida por los dos niveles y por tanto ambas son necesarias y complementarias. Sin embargo, la educación ambiental no siempre consigue los resultados deseados (una buena muestra la encontramos en el análisis de Uzzell, 1996, 2000) y puede llevar incluso a efectos contraproducentes. Basar la resolución de la cuestión ambiental sólo (o prioritariamente) en la educación, responsabiliza o sobrerresponsabiliza al ciudadano y puede hacer aparecer el fenómeno de la 'ecofatiga'.

La información no es suficiente

Existe la creencia extendida de que el conocimiento y la conciencia son intuitivamente importantes para la consecución de un desarrollo sostenible. Partiendo de un modelo de persona eminentemente racional, coherente y congruente, se considera que aportar información podría ser suficiente para cambiar las actitudes y comportamientos hacia el medio ambiente. Se ha recurrido a planteamientos reduccionistas sin contar con las dinámicas y procesos sociales y psicosociales. Ello ha sido largamente revisado desde la psicología social, poniendo de manifiesto la inadecuación del modelo, por multitud de trabajos. Así a pesar del interés creciente y generalizado por la cuestión ambiental, se ha llegado a la conclusión de que

una mayor conciencia no ha llevado consecuentemente, ni a un cambio de actitud ni a cambio en el comportamiento. Sin embargo, como hemos constatado en varios estudios (Pol y Vidal, 1995; Pol, Vidal, Romeo, 2001), las campañas y programas de promoción de comportamientos proambientales siguen desarrollándose, en su mayoría, en base a dichos supuestos de cambio.

Existen estudios que muestran que esta relación es débil. Finger (1994) plantea como el conocimiento ambiental no está relacionado con el activismo ambiental, mientras que McKenzie-Mohr, Nemiroff, Beers y Desmarais (1995) encuentran en sus resultados que el conocimiento ambiental es predictor de *algunas formas* de acción ambiental pero no de otras, lo cual hace necesario hacer estudios preliminares específicos en cada situación antes de elaborar un programa de intervención. Por su parte Geller (1995) enfatiza la importancia de los estados subjetivos de la persona. Dunlap y Merting (1995) concluyen que la riqueza de un país presenta una correlación negativa con el interés ambiental de sus ciudadanos. Sin embargo, por otros trabajos, sabemos que ello no implica la relación inversa, es decir, que la pobreza implique mayor conciencia ambiental. El determinante no parece ser 'riqueza' o 'pobreza', sino cercanía o apego al medio ambiente como entorno, lo cual tiene que ver con cultura, valores, estilos de vida y cohesión social por un lado y nivel y formas de desarrollo por otro.

Como decíamos anteriormente, la sostenibilidad no es posible sin unos mínimos de vertebración y de cohesión social. Cuando priman las 'estrategias individuales de supervivencia' no es posible esperar solidaridad ni intra ni intergeneracional. A ello ayuda –o lo dificulta– la propia estructura de la sociedad y en especial la estructura urbana del hábitat y las dinámicas urbanísticas que, generalmente, rompen las redes de soporte social informal, aunque en algunos casos ayudan a consolidarlas. En la planificación y la intervención en el territorio no se tiene suficientemente en cuenta si existe ya un tejido social consolidado

Twigger-Ross y Uzzell (1996) ponen de manifiesto que el desarrollo y mantenimiento de los procesos de identidad ocurre en transacciones con el ambiente, de manera que éste es parte importante de la identidad y no un mero contexto. Por lo tanto, cualquier cambio o intervención en el mismo supone una alteración de los procesos de identidad, simbólicos y de apropiación del medio, lo que afectará al comportamiento pro-ambiental. Ello deberá tenerse en consideración si lo que realmente interesa es provocar cambios hacia una sociedad más sostenible, no sólo ecológica y económicamente, sino también socialmente.

Como hemos remarcado en otras ocasiones, "sin apropiación del espacio por parte de las personas y los colectivos, sin que el entorno esté cargado de un simbolismo social compartido –establecido a priori o a posteriori– que ayude a

conformar una identidad social (por cohesión o por identificación), por más estrategias conductuales o cognitivas que se utilicen en la gestión, raramente se podrán anclar (tomando la expresión de Iñiguez, 1996) los valores y los comportamientos vinculados a la sostenibilidad" (Pol, 1998b:110).

Los conceptos que están en la base del comportamiento sostenible están, pues, directamente ligados a aspectos de vertebración social que incorpora claramente dimensiones sociales que vinculan valores, comportamientos, hábitos, etc., a la cuestión ambiental, a la vez que implican cohesión social y solidaridad intrageneracional e intergeneracional.

DINÁMICAS ESTRUCTURALES (FÍSICAS Y SOCIALES) QUE CONDICIONAN EL COMPORTAMIENTO: LA CIUDAD COMO ENTORNO MÁS CARACTERÍSTICO

En este apartado quiero enfatizar algunos de los aspectos de la condición de vida presente que significan un freno o una dificultad para la adopción de los valores de la sostenibilidad. Básicamente los podríamos resumir en dos expresiones de un mismo problema: la tendencia a ir a una sociedad no vertebrada o no suficientemente articulada, y las causas, a la vez que las consecuencias, de dicha no vertebración. Estas tendencias se concretan en lo que genéricamente se puede llamar la ciudad (desde la megalópolis a los modestos asentamientos humanos de tipo urbano) que en los inicios del siglo XXI concentra prácticamente el 50% de la población del planeta y en los países desarrollados llega casi al 80%.

La ciudad como estructura social

Hablar de ciudades a nivel mundial requiere diferenciar entre las metrópolis del mundo desarrollado y las del resto del planeta. Las primeras (por lo menos en la Unión Europea) en buena parte debaten o se preocupan mayoritariamente de un cierto virtuosismo arquitectónico en sus formas, aunque albergan bolsas de marginación y exclusión social importantes. Su estructura, su forma de ocupación del territorio, su movilidad obligada, el consumo de recursos energéticos para mantener su 'maquinaria' en funcionamiento, etc. difícilmente puede considerarse sostenible. Sin embargo, dada su supuesta 'riqueza', esta sociedad se puede permitir el replantearse algunas costumbres y hábitos de vida, por lo menos a un nivel formal o nominal, para 'abrazar' la sostenibilidad. Hacen ecoauditorias municipales, aplican Agendas 21 locales, etc. Lo que ocurra con sus bolsas de marginación o exclusión social acostumbra a ser visto como un problema temporal o pasajero. Sin embargo, los indicadores sociales y económicos muestran que las distancias sociales se incrementan en lugar de menguar.

El caso de las segundas, las metrópolis de los países del tercer mundo y de los que ahora se llaman 'emergentes', acostumbran a presentarse

de un modo más dramático. Son las que actualmente presentan unas tasas de crecimiento más elevado y con menor consideración explícita de las limitaciones ambientales de la ciudad como sistema y de los comportamientos de sus ciudadanos. Las distancias sociales (y físicas) son enormes, entre pequeños núcleos de clases medias y clases altas que viven en zonas bien estructuradas y construidas, con estándares occidentales, y una inmensa mayoría, muchas veces imposible de contar, que vive en condiciones muy precarias. Difícilmente se les puede pedir que se preocupen de la sostenibilidad de sus estilos de vida, cuando precisamente lo que es el principal problema es la supervivencia.

En unas y en otras, a pesar de sus realidades sociales tan distintas, emerge un fenómeno parecido, aunque por razones bien diferenciadas: cierto malestar social (que se puede convertir en protesta, pero NO acaba necesariamente en revueltas políticas, como hemos visto recientemente en Francia), la presencia de lo que se llama 'conductas desviadas', y una escasa vertebración de su tejido social. En uno y otro caso –insisto en que por razones diferentes– tienden a dominar las 'estrategias individuales de supervivencia', la poca solidaridad intra e inter generacional, y los patterns sociales que no admiten plantearse los efectos ambientales ni a corto ni a largo plazo. El desarrollo sostenible no parece muy viable. Y menos si las principales estrategias de promoción se basan en atacar el síntoma (el comportamiento individual, pedir al ciudadano un comportamiento responsable).

Por ello considero fundamental la existencia de un tejido social vertebrado, que se caracteriza por una nutrida red de relaciones sociales formales e informales entre los ciudadanos, que constituye la base de lo que se puede llamar 'soporte social informal'. Su ausencia, en el mejor de los casos, comporta su suplencia a través de la intervención de los organismos públicos del estado, es decir, de servicios sociales de elevado coste económico. En su defecto (o a veces paralelamente), aparecen ONGs bien intencionadas pero limitadas en su capacidad real de actuación. Un tercer fenómeno también convive con (o sustituye a) los anteriores: organizaciones sociales mafiosas, apoyadas en procedimientos delictivos, que ofrecen 'seguridad' y 'protección' a los 'suyos', aunque finalmente acaban en una sobreexplotación de sus protegidos (p.e. tráfico de emigrantes, narcotráfico, robo organizado etc.). En cualquiera de estas situaciones, una conducta ecológica responsable y sostenible en abstracto resulta poco menos que utópica, por más técnicas psicológicas de cambio de actitudes y comportamientos que apliquemos.

Si bien podría parecer que estamos dibujando un panorama desalentador, una simple mirada a la historia social de la humanidad, remota o reciente, nos muestra que el tejido social y relacional siempre tiende a regenerarse en sus estructuras y sus formas, incluso en las condiciones de vida más

desfavorables. Pero para ello necesita largos periodos de tiempo para encontrar formas adaptadas a la nueva realidad. Esta regeneración social quiere decir nuevas formas de relaciones, nuevas identidades individuales y colectivas, y en última instancia nuevas formas de organización. Esta regeneración (vertebración) espontánea parte básicamente de lo local (comunidad, vecindario, barrio, ciudad) y puede entroncar o no con niveles y sensibilidades nacionales, aunque son de naturaleza distinta. Por ejemplo, la mayoría de barrios más emblemáticos, con una identidad más peculiar y claramente establecida, de las ciudades del mundo empezaron por ser asentamientos poco estructurados y poco vertebrados.

Si esto es así, ¿por que se da el panorama de no vertebración que hemos dibujado anteriormente? Probablemente por razones que ya señalo Simel a inicios del S. XX, y que ha sido una explicación recursiva en todas las ciencias sociales: la velocidad del cambio social, de los estilos de vida, y la velocidad del cambio en los asentamientos humanos. Es en este último aspecto en el que queremos centrar más nuestra atención.

En este cambio de siglo, las ciudades se encuentran en procesos profundos de cambio interno y de crecimiento acelerado (por lo menos en lo que refiere a concentración de población y ocupación de territorio). Cambio o crecimiento que a veces es espontáneo (ocupación más o menos ilegal de territorio, con asentamientos autoconstruidos) y a veces es planificado urbanísticamente.

Los nuevos asentamientos humanos (espontáneos o planificados), en la mayoría de casos suponen la no existencia previa de una red de relaciones de soporte social, ni formal ni informal. Habrá que esperar años para que esta red se consolide y funcione de una forma que podríamos llamar 'normalizada', aunque también es cierto que se puede acelerar con una intervención social bien planificada y bien ejecutada.

Por otro lado, la planificación urbanística frecuentemente provoca cambios en la estructura física de la ciudad que conlleva la rotura de las condiciones y las relaciones que habían dado lugar a la existencia de una colectividad con fuerte sentido de comunidad (rotura por marginalización o por gentrificación). Otras veces, la planificación urbanística genera directamente procesos de reubicación de población (generalmente con fuerte resistencia de los ciudadanos) que nos asimila a las situaciones descritas en el caso de nuevos asentamientos.

Al igual que se respeta la existencia de elementos arquitectónicos de interés histórico o monumental, el urbanismo debería ser muy cuidadoso en su planificación para no romper tejidos sociales preexistente, por los elevados costes sociales que comporta. El tiempo requerido para un cambio urbanístico es mucho menor

que el del cambio social. Está en función del dinero disponible para su ejecución. El cambio social es mucho más lento y con unos costes que son sobre todo sociales, no meramente económicos. Entre estos costes está el favorecer la emergencia de estrategias individuales de supervivencia y dificultar la propensión a la sostenibilidad que, como hemos repetido desde el inicio de esta ponencia, para nosotros requiere un tejido social consolidado.

En este contexto, como decíamos anteriormente, pretender que los ciudadanos adopten los valores y los comportamientos de la sostenibilidad a partir de dar información como estrategia más frecuente, parece no ser suficiente. Será necesario actuar directamente sobre las relaciones sociales e indirectamente sobre las formas y las estructuras urbanas.

Será necesario adoptar estrategias de gestión del cambio urbano, que sean respetuosas con los grupos sociales consolidados, independientemente de su nivel de riqueza y bienestar formal.

La Ciudad como estructura socio-física

La ciudad como estructura física, condiciona, facilita o dificulta las interacciones sociales, pero también las conductas respetuosas con el medio ambiente. Un desarrollo sostenible implica la protección de los recursos naturales. Requiere que los niveles de consumo de los recursos renovables –como el agua o ciertos tipos de energía– no exceda los periodos de tiempo que la naturaleza necesita para renovarlos por sí misma, y que los niveles de consumo de recursos no renovables, no exceda el ritmo en que pueden ser compensados por los recursos renovables. Ello implica que los índices de emisiones de agentes contaminantes no exceda la capacidad de ser absorbidos por el aire, el agua o suelo.

Las distintas formas urbanas implican niveles de impacto ambiental diferentes. Por ejemplo, la ciudad difusa provoca mayores emisiones contaminantes a la atmósfera debido a que requiere más y más largos desplazamientos motorizados (movilidad forzada) que la ciudad compacta. Una estrategia –que está de moda– para conseguir una ciudad más sostenible es potenciar la ciudad compacta y diversa. El urbanismo racionalista nos ha llevado a una ciudad fragmentada (física y socialmente), a una reducción excesiva de la complejidad necesaria para la vida individual y social, que acostumbra a compensar con un incremento excesivo de desplazamientos motorizados. Por otro lado, además, la globalización en su faceta de universalización del turismo (que conlleva lo que se ha llamado ‘tematización’ de la ciudad), y la gestión del espacio público bajo modelos similares y con mobiliario urbano idéntico o parecido en todas las ciudades (gestionado por una o pocas empresas concesionarias) hacen perder la distintividad (identidad) de la ciudad, en

un proceso de homogeneización que comporta serias pérdidas de sociodiversidad. Además, cierto ‘virtuosismo’ arquitectónico y urbanístico de las zonas más emblemáticas de la urbe, se ve contrapuesto a una reaparición o a un incremento de la nunca desaparecida ‘autoconstrucción’ de la vivienda por parte de la gente que se ha sentido atraída –o se ha visto forzada– a sustituir situaciones ‘rurales’ humildes por suburbios miserables y excluidos, agrandándose la brecha en una ciudad cada vez más polarizada en sus extremos.

‘Buscar una estrategia de sostenibilidad para los sistemas urbanos debe basarse en incrementar su complejidad; o dicho de otra manera, en incrementar la probabilidad de contacto entre los diferentes elementos que componen el sistema urbano (normalizar la diferencia) sin incrementar el consumo de energía y de recursos’ (CCCB, 1998, 96).

Un entorno sostenible significa encontrar una forma urbana y un tipo de interacción social que permita mantener en un nivel razonable la diversidad social y la diversidad biológica, la salud de los habitantes, la calidad del aire, el agua y el suelo, para garantizar el desarrollo del bienestar de la humanidad, a la vez que preservar la flora y la fauna. Ello requiere un proceso de diseño urbano y de gestión basado en la sostenibilidad, que permita tomar decisiones que atiendan no solo a los intereses de las generaciones presentes, sino también de las generaciones futuras. Por otro lado, cada ciudad es diferente y, por tanto, debe encontrar su propio camino hacia la sostenibilidad.

Plantear, pues, un desarrollo urbano sostenible, supone unas características estructurales en la forma de organizar el espacio y las relaciones sociales en la ciudad, además de considerar los fenómenos de cohesión social, de identidad social y simbólica que se dan en dicho marco. En este sentido, la estructura y las formas urbanas resultan relevantes en la construcción de la cohesión y la identidad social, como se mostró en la red CIS (Ciudad, Identidad, Sostenibilidad) (CIS, 2002).

La interrelación de ambiente y desarrollo, debe tener en cuenta tanto los aspectos objetivos (entorno físico, recursos naturales), como los aspectos subjetivos (percepción y valoraciones personales de los recursos), y los mecanismos de comparación social (grupos de referencia, expectativas, estilos de vida...). Estos mecanismos de comparación son fruto del modelo de calidad de vida vigente, que debe regirse más por el equilibrio personal, social y ambiental que por la capacidad de acumulación.

Con esta presentación he querido aportar algunos elementos para una construcción teórica de la sostenibilidad desde su vertiente social, contribuir a una reflexión imprescindible para encontrar caminos y estrategias eficientes, que deberán ser distintas en cada realidad y contexto, para avanzar hacia una sociedad global más sostenible.

REFERENCIAS

- AHMED, P.K. & HARDAKER, G. (1999). The role of on-line communities on the Internet for sustainable development. *Business Strategy and the Environment*, 8, (1), 75-81.
- ALLENDE, J. (1995). Desarrollo Sostenible. De lo global a lo local. *Ciudad y Territorio*, III, (104), 267-281.
- BAUMAN, Z. (1998). *Globalization: The Human Consequences*. Cambridge, Oxford, UK: Blackwell Publ.
- BIERBAWER, G. & PEDERSEN, P. (1996). Culture and Migration. In G.R. Semin & K. Fiedler (Eds.) *Applied Social Psychology* (pp. 399-422). London: Sage.
- BRUNDTLAND, G.H. (1987). *Our Common Future*. Oxford: Oxford University Press.
- C.I.S. (2002). Monographic Issue on City-Identity-Sustainability Research Network. E. Pol, Guest Editor. *Environment and Behavior*, 34, (1), 8-25.
- CASTELLS, M. (1987). Reestructuración Económica, revolución tecnológica y nueva organización del Territorio. *Documentación Social*, 67, 43-68.
- CASTELLS, M. (1996). *The Power of Identity. The Information Age: Economy, Society, & Culture*. Vol. 3. Cambridge, Massachusetts: Blackwell Publishers. (Trad. Madrid, Alianza, 1997).
- CCCB (Centre de Cultura Contemporània de Barcelona) (1998). *The sustainable city*. Barcelona: CCCB.
- CIALDINI, R.B. (1993). *Influence: Science and practice*. (3rd ed.). New York: Harper Collins.
- Cobb, J.B. (1995). Toward a just and sustainable economic order. *Journal of Social Issues*, 51, (4), 83-100.
- COSTANZO, M.; ARCHER, D.; ARONSON, E. & PETTIGREW, T. (1986). Energy conservation behavior: The difficult path from information to action. *American Psychologist*, 41, 521-528.
- DUNLAP, R.E. & VAN LIERE, K.D. (1978). The New Environmental Paradigm. *Journal of Environmental Education*, 9, 10-19.
- DUNLAP, R.E.; VAN LIERE, K.D.; MERTIG, A.G. & JONES, R.E. (2000). Measuring endorsement of the new ecological paradigm: A revised NEP Scale. *Journal of Social Issues*, 56, 425-442.
- ENGELS, F. (1845). *El problema de la vivienda y las grandes ciudades*. Barcelona: Gustavo Gili, 1974.
- FINGER, M. (1994). From Knowledge to action? Exploring the relationships between environmental experiences, learning and behavior. *Journal of Social Issues*, 50, (3), 141-160.
- FREUDENBURG, W.R. (1986). Social impact assessment. *Annual Review of Sociology*, 12, 451-478.
- FUSSLER, C. & JAMES, P. (1996). *Driving Eco- Innovation*. London: Pearson Professional Limited / Financial Times Management.
- GARDNER, G.T. & STERN, P.C. (1996). *Environmental Problems and Human Behavior*. Boston: Allyn & Bacon.
- INGLEHART, R. & ABRAMSON, P. (1992). Generational Replacement and Value Change in Eight West European Societies. *British Journal of Political Science* April, 183-228.
- ÍÑIGUEZ, L. (1994). Estrategias psico-sociales para la gestión del agua: del enfoque individualista al enfoque social. En B. Hernández, J. Martínez y E. Suárez (Comps.) *Psicología Ambiental y responsabilidad ecológica* (pp.162-190). Las Palmas de Gran Canaria: Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- ÍÑIGUEZ, L. (1996). Estrategias psico-sociales para la gestión de los recursos naturales: del enfoque individualista al enfoque social. En L. Íñiguez y E. Pol (Comps.) *Cognición, representación y apropiación del espacio*. Monografías Psico/ Socio/ Ambientales, 9. Barcelona: P.U.B.
- IUCN (International Union for Conservation of Nature) / UNEP (United Nations Environmental Program) / WWF (World Watch Foundation) (1991). *Caring for the Earth. A strategy for sustainable living*. Gland, Suiza. 1992 Cuidem la Terra. Barcelona, Generalitat de Catalunya.
- JACOBSON, H. & PRICE, M. (1990). *A Framework for Research on the Human Dimensions of Global Environment Change*. Paris: International Social Science Council. Human Dimensions of Global Environmental Change Program.
- KRUSE, L. (1994). Psychology and Global Environmental Change. En B. Hernández, J. Martínez-Torbisco y E. Suárez (Comps.) *Psicología Ambiental y Responsabilidad Ecológica* (pp. 62-199). Las Palmas de Gran Canaria. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- LEVI, L. & ANDERSON, L. (1975). *Psychosocial stress: Population, environment and quality of life*. Holliswood, NY: Spectrum.
- MALONE, T. & ROEDERER, J. (Eds.) (1985). *International Council of Scientific Unions (ICSU)*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MALTHUS, T.R. (1798). *Primer ensayo sobre población*. Madrid: Alianza, 1966.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (1992b). Valoración económica y valoración ecológica. *Archipiélago*, 8, 11-32
- MARTÍNEZ-ALIER, J. (1992). *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Barcelona: Icaria.
- MASSEY, O. & JESS, P. (1995). *A place in the world?*. Oxford (UK): Oxford University Press (The Open University).
- MCKENZIE-MOHR, D. & OSKAMP, S. (1995). Psychology and Sustainability: An Introduction. *Journal of Social Issues*, 51, (4), 1-14.
- MCKENZIE-MOHR, D.; NEMIROFF, L.S.; BEERS, L. & DESMARAIS, S. (1995). Determinants of Responsible Environmental Behavior. *Journal of Social Issues*, 51, (4), 139-156.
- MEADOWS, D.H.; MEADOWS, D.L. & RANDERS, J. (1992). *Beyond the limits: Confronting global collapse, envisioning a sustainable future*. Toronto: McClelland & Stewart.
- MEADOWS, D.H.; MEADOWS, D.L.; RANDERS, J. & BEHRENS, W. (1972). *The limits to growth*. New York: New American Library.

- MILBRATH, L. (1986). Environmental beliefs and values. In M. G. Hermann (Ed.) *Political Psychology: Contemporary Problems and Issues* (pp. 97-138). San Francisco: Jossey-Bass.
- MOSCOVICI, S. (1984). The phenomenon of social representations. In R. Farr & S. Moscovici (Eds.) *Social Representations* (pp. 3-70). London: Cambridge University Press.
- MOSCOVICI, S. (1994). Three concepts: Minority, conflict, and behavioral style. In S. Moscovici, A. Mucchifaina, & A. Maass, A. (Eds.) *Minority influence* (pp. 233-251). Chicago, IL, USA: Nelson-Hall Publishers.
- OLSON, R. (1995). Sustainability as a Social Vision. *Journal of Social Issues*, 51, (4), 15-35.
- OMAHE, K. (1990). *The borderless world: Power and strategy in the interlynked economy*. New York: Harper Row.
- OSTROM, E. (1990). *Governing the commons: The evolution of institutions for colletive action*. Cambridge, England: cambridge University Press.
- PALMORANI, A. & ZANI, B. (1980). *Psicología sociale di comunità*. Bologna: Il Mulino.
- POL, E. (1998a). Sostenibilitat, valors socials i comportament humà. Estratègies i contradiccions. En R. Folch, T. Franquesa, R. Díez Hochleitner, R. Margalef et al. *Desenvolupament sostenible. Els llindars en la construcció de les relacions humanes i el medi ambient*. Col. Pensaments, 7. Publ. Universitat de Lleida.
- POL, E. (1998b). Evoluciones de la Psicología Ambiental hacia la Sostenibilidad: Tres propuestas teóricas y orientaciones para la gestión. En D. Páez y S. Ayestarán. *Los Desarrollos de la Psicología Social en España* (pp.105-120). Madrid: Infancia y Aprendizaje.
- POL, E. (2000). *Impacte Social, Comunicació Ambiental i Participació* (Social impact, environmental communication and participation). Monografies Universitaries. Barcelona: Dept. Medi Ambient, Generalitat de Catalunya.
- POL, E. (2002a). The theoretical background to the city-identity-sustainability (CIS) network. *Environment and Behavior*, 34, (1), 8-25.
- Pol Urrutia, Enric: Forma urbana, identidad y cohesión social
- POL, E. (2002b). Environmental Management: A perspective from Environmental Psychology. En R. Bechtel y A. Churchman (Eds.), *Handbook of Environmental Psychology* (pp. 55-84). New York: Wiley.
- POL, E. i Vidal, T. (Eds.) (1996). *Perfils socials en la intervenció ambiental. Una perspectiva professional*. Monografias Psico/Socio/Ambientales, 1. Barcelona: P.U.B.
- PROSHANSKY, H.M.; FABIAN, A.K. & KAMINOFF, R. (1983). Place identity: physical world socialization of the self. *Journal of Environmental Psychology*, 3, (1), 57-83.
- RICARDO, D. (1821). *Principles of political economy and taxation*. Londres: Penguin, 1971. (Trad. cast.: Madrid: Aguilar, 1955).
- STERN, P.C.; YOUNG, O. R. & DRUCKMAN, D. (Eds.) (1992). *Global environmental change: Understanding the human dimensions*. Washington, D.C.: National Academy Press.
- SUREDA, V. (1992). *La cònferencia mundial sobre medi ambient i desenvolupament de Rio de Janeiro. Rio 92*. Barcelona: Diputació de Barcelona. Area d'Agricultura i Medi Natural.
- TAJFEL, H. & TURNER, J. (1986). The social identity theory of intergroup behavior. In S. Worchel & W. G. Austin (Eds.) *The Social Psychology of Intergroup Relations*. (pp. 7-24). Chicago. Nelson.
- UZZELL, D. (1996). *Environmental Hyperopia and Global Environmental Problems*. V Congreso de Psicología Ambiental. Barcelona, España.
- UZZELL, D. L. (2000). The Psycho-Spatial Dimension to Global Environmental Problems. *Journal of Environmental Psychology*.
- VALERA, S. (1993). *El simbolisme en la ciutat. Funcions de l'espai simbólic urba*. Disertación Doctoral, Universitat de Barcelona, España.
- VALERA, S. (1997). Estudio de la relación entre el espacio simbólico urbano y los procesos de identidad social. *Revista de Psicología Social*, 12, (1), 17-30.
- ZANI, B. (1992). Psicología de la Intervención Social. Tendencias actuales y perspectivas futuras. *Revista de Psicología Social Aplicada*, 2, 15-31.